

Todos los perros son azules

RODRIGO DE SOUZA LEÃO

narrativa sexto piso



Todos los perros son azules

Todos los perros son azules

RODRIGO DE SOUZA LEÃO

TRADUCCIÓN DE JUAN PABLO VILLALOBOS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Todos os cachorros são azuis

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil /
Fundação Biblioteca Nacional.
Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil /
Fundación Biblioteca Nacional.



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Copyright © 2008, 2010 Herdeiros de Rodrigo de Souza Leão

Primera edición: 2013

Imagen de portada
FRANCIS BACON, *Self Portrait* (1976)

Fotografía
© CLAUDE ALMODOVAR AND MICHEL VIALLE (2011)

Traducción
© JUAN PABLO VILLALOBOS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-27-2
Depósito legal: M-10526-2013

Impreso en España

ÍNDICE

Nota del traductor	9
Todo se volvió Van Gogh	15
Dios no: dioses	43
Humphrey Bogart contra Charles Laughton	71
[Del gr. epílogos]	91

NOTA DEL TRADUCTOR

Dado que una de las grandes virtudes de esta novela es su ritmo, se ha decidido no usar notas al pie de página. El traductor ha preferido esta nota introductoria para señalar algunos aspectos que considera que pueden enriquecer la lectura de quienes no estén familiarizados con la realidad brasileña.

La *goiabada* es un dulce de guayaba. Puede tener la consistencia de una mermelada –muy parecido al dulce de membrillo mexicano o español– o de una pasta dura con pedazos de guayaba –la denominada *goiabada cascão*. El *brigadeiro* es una trufa de chocolate típica de las celebraciones de cumpleaños. Aunque es para los niños, basta ver cómo se abalanzan los adultos sobre ellas para entender su carga emocional, que remite a la infancia. La *paçoca de fubá* es parecida a un mazapán; se prepara con harina de mandioca mezclada con harina de arroz o maíz. La *paçoca de cacahuete* es mucho más apreciada.

En el argot brasileño, un *grillo*, además de un insecto, es una preocupación, algo que incomoda o fastidia.

Anhembi es un municipio del estado de São Paulo, mientras que *tupí* es la lengua hablada por los indígenas tupí-guaraní. La frase «Sólo en Anhembi se es tupí» es un *nonsense* que parece parodiar un verso del poeta modernista Oswald de Andrade, autor del *Manifiesto Antropófago*: «Tupi or not tupi».

Paracambi es un municipio de la zona metropolitana de Río de Janeiro en el que se encuentra ubicado el hospital psiquiátrico donde está internado el protagonista de esta novela. *Caju* es un barrio de la zona norte de Río de Janeiro en el que se encuentra localizado el cementerio de São Francisco Xavier, popularmente conocido como cementerio de Caju (que fue el cementerio donde Rodrigo fue enterrado).

Doña Redonda era un personaje de telenovela que no conseguía dejar de comer hasta que un día, literalmente, explotó.

El *funk* carioca es un estilo musical asociado a las favelas. El cantante Serginho y el bailarín travesti Lacraia formaron un dúo que saltó a la fama en 2002 con la canción «Vai Serginho!», que narra una relación sexual.

El *Pinel* es un centro de urgencias psiquiátricas de Río de Janeiro, llamado por el psiquiatra francés Philippe Pinel. En el argot local, un pinel es una persona alocada y volverse pinel o pinelar es enloquecer.

La expresión «*Eparrei, Iansã! Ogum bolum ai iê*» proviene de las religiones afro-brasileñas *umbanda* y *candomblé*. *Iansã* es un *orishá* cuya correspondencia en la tradición católica sería Santa Bárbara. Un *pai de santo* es un sacerdote, la autoridad máxima en un *terreiro* de *umbanda*.

Los *gauchos* son los oriundos del estado de Rio Grande do Sul, que hace frontera con Uruguay y Argentina, y cuya capital es Porto Alegre. *Getúlio Vargas*, que era *gaúcho*, fue presidente de Brasil durante 18 años en diferentes periodos de los años 30, 40 y 50 del siglo pasado. El *Guaíba* es el río de Porto Alegre.

Las fiestas *juninas* se celebran en el mes de junio. Tienen su origen en los festejos paganos del solsticio de verano en Europa, de invierno, en Brasil, que fueron cristianizados en la llamada fiesta de San Juan. Es una fiesta que celebra el trabajo campesino y la vida en el campo. En Brasil, las *cuadrillas* son el baile típico de estas fiestas.

Uma temporada nas têmeoras es el título de un poemario de Rodrigo de Souza Leão, en el que parafrasea *Una temporada en el infierno* de Rimbaud. Las *têmeoras* son los huesos temporales de la cabeza. A lo largo de la novela se parafrasean varios poemas, especialmente, «*Tabacaria*», de Fernando Pessoa; «*Trilce*», de César Vallejo, y «*Vou-me embora pra Pasárgada*» y «*Não sei dançar*», en *Libertinagem*,

de Manuel Bandeira, de donde proviene el verso «Unos toman éter, otros cocaína», y una especie de grito de algarabía usado de manera recurrente y que es intraducible: *Acugêlé Banzai!*

Se ha mantenido en el idioma original la ortografía de los lugares geográficos.

Todog parece ser un homenaje a Samuel Beckett, ya que es un anagrama de Godot.

El autor agradece la ayuda de Andreia Moroni y Ramon Mello.

TODO SE VOLVIÓ VAN GOGH

Ayer me tragué un chip. Me lancé a hablar sobre el sistema que me rodea. Había un electrodo en mi cabeza, no sé si también me tragué el electrodo junto con el chip. Los caballos estaban galopando. Todos, menos el caballito de mar que nadaba en el acuario.

Él tiene un problema mental. ¿Será que tiene alguna secuela? En el fondo de mi mundo, en el cuarto oscurecido por dosis de Litrisan, vino un psiquiatra y me bayonetó una química en la ceja izquierda. Mientras tanto, otro me empujaba la grasa, estirando y estirando para que no sintiera la inyección de Benzetacil.

Benzeta.

Benzeta.

Un dolor inmenso en el trasero. Todo girando a mi alrededor y yo girando también. Me saco un moco y lo pongo en la mesa del rincón, bien lejos de la oscuridad, en el cuarto. La oscuridad es aséptica. Sólo la gente de blanco puede frecuentar esa línea impura. Me amarran de nuevo. Recibo el beso de mi madre. Debe ser día de visita. Despierto y como una rebanada de *goiabada* junto con el sándwich de

atún que me trajo mi mamá. Escucho una música tan alta que no consigo entrar en mis pensamientos y me quedo afuera, pero la cocaína no va a llegar. La conexión fue interrumpida.

Mamá mal llega, mal se va.

Él continúa creyendo que se tragó un chip.

Ella dice que todo comenzó hace unos diez años, cuando yo creí que me había tragado un grillo. Cri-crí, el grillo no dejaba de incordiar.

Cuántos grillos hiciste que me tragara, hijo.

Mi madre dijo esto acariciando mis labios y dándome un beso en la mejilla. Por algunos segundos recordé algo que había pasado el día anterior. Yo había destruido toda la casa con una furia gigantesca. Nunca más tomaré Haldol en mi vida.

Fue porque no te tomaste el Haldol por lo que te pusiste así, dice el chip. Y yo comienzo a hablar: «Sólo en Anhembi se es tupí. Sólo en Anhembi se es tupí».

El tragador de espadas se traga una llamita de fuego cada vez. Está todo el mundo tragando alguna cosa en este exacto momento. Es la hora de la cena. Mamá se fue. La música vuelve a ponerme fuera de mí.

Entro al cuarto. Me saca el pito y comienzo a hacerme una paja. La danza de la motocicleta. Yo me tragué un grillo cuando tenía 15 años de edad. Fue la primera vez que logré convivir conmigo más intensamente. Salvé una casa de la maldita polilla que quería destruirla. Eran polillas gigantes. Estoy seguro de que salvé aquella casa. Estoy seguro de que por algunos segundos fui Jesucristo.

Todavía sigo en la jaula. Mi boca está cerrada con una mordaza. Mis pies están presos.

La música sale de mí y vuelve, no puedo causar ningún mal que no sea a mí mismo. Todo comenzó con un grillo. Había un grillo en aquel primer día. Había un gen también. De la misma forma no, sino de otra forma. Estoy tragándome todo todo el tiempo. En el rincón oscuro del cuarto, que es adonde sólo van los ratones. Estoy podrido. Puerco. Inmundo. Soy salvaje.

Cuántos grillos hiciste que me tragara, hijo.

Miro el periódico y no consigo leer nada. Las dosis de las medicinas deben ser altas. Porque yo no tengo ni cuarenta años y no alcanzo a leer de cerca. Me recojo las mangas de la camisa y voy a jugar al billar con el campeón mundial del lugar, que es un chico de la compañía de la luz, internado por darle demasiado a la bebida hasta en horario de trabajo. Antes, una creyente hace un corro y ordena que alguien rece. Nadie allí sabe rezar ni un carajo. Son todas almas sin paraíso a la vista. Yo comienzo: «Padre nuestro que estás en el cielo». Por lo menos, yo sé rezar. La creyente dijo «aleluya». Ella me agarró la mano. Yo me saqué el pito y no pude jugar al billar. Volví al cubículo de tres por cuatro, donde me hicieron sonreír con bayonetadas en las venas. Agarra la grasa y estira la grasa, y toma más inyección.

Todo comenzó cuando me tragué un grillo en São João da Barra. Yo tenía 15 años de edad. Estaba yendo o volviendo. Siempre estaba yendo o volviendo.

Sólo paraba para volar. Así eran mis 15 años, y fue como todo comenzó. Ninguna mujer salió de mí. Nunca. Fui yo quien siempre entró en mi mamá. Ahí estaba ella, guapa y bonita, follando con papá. Y yo lo vi, y era apenas mil novecientos setenta. No fue un trauma. Yo acostumbraba a andar con un perro azul de peluche. Mi perro no era gay por ser azul. Sólo era azul. Tampoco tenía las nociones de femenino y masculino a aquella edad, o sí. La verdad, ya me masturbaba, y papá, con mucho tiento, me pedía que me quitara la mano del pito. Me acuerdo de una psiquiatra a mis verdes 15 años que me decía que yo era hombre porque me masturbaba, que no tenía por qué tener una crisis de identidad. Yo no tenía crisis de identidad, porque vivía corriendo detrás de aquella mujer en el horario de la sesión. Ella llegó a amenazarme, diciéndole a mi papá que si yo continuaba queriendo manosearla tendría que dejar la terapia. Dijo que no aguantaba ocuparse de mí y se quejó porque yo no hacía un dibujo y no jugaba con la plastilina. Yo imitaba a un delfín acostado en el diván. El pito se me ponía duro y yo lo friccioneaba todo el tiempo, mientras el delfín nadaba dentro de mí.

Una vez me convertí en una planta durante una hora de sesión. La mujer pensó que estaba en estado catatónico. Se puso nerviosa. Fue lo mismo que hice con una novia, y ella tuvo la misma reacción. Me quedé sin hablar y parado. Como si me hubiera tragado una ballena. Durante una hora, la ballena que

estaba adentro estaba afuera, y yo viví preso adentro de un manicomio. Los manicomios son lugares muy bonitos. Son lugares con muchas flores y árboles. No estuve en un lugar de cinco estrellas, tampoco me quedé en el peor lugar, pero vi muchas cosas mientras Alfonso me decía que íbamos a Paracambi. Paracambi es aquí.

Todo consistía en quedarse callado todo el tiempo, como si nadie mereciera que dijeras algo noble e importante.

¿Qué tenía que ver toda esa gente de blanco con el hecho de que yo estuviera vomitando sangre? Me llevaron al Miguel Couto. Pensaron que tenía tuberculosis. El Miguel Couto era el hospital de referencia para casos de dengue. Había una epidemia de dengue en la ciudad. Había muchos hipopótamos acosados. Algunas tortugas andando a cuatro ruedas. Pasé por la puerta del manicomio. Quise levantarme y huir. Lo peor: ¿huir adónde? ¿Quién iba a creerse la idea de que tenía un chip implantado dentro de mí? Había tanta gente que si dijera que estaba en el Maracanã en día de partido del Flamengo no sería ningún eufemismo.

Me pusieron tubos y comenzaron a hacer succión. Fui abducido por extraterrestres.

Yo veía una luz pasando por mi cuerpo de niño de cinco años y abrazaba a mi perro azul. Me desmayé por algunos segundos. Después, Fronskey estaba allí.

Volveremos a buscarte cuando tengas 18 años.

Camillas por todo el campo. Gente andando con el suero colgando. Tubos saliendo de la boca. Todo allí era Acneton. Me sacaron la sangre de mi vena. Ahora estaba yendo a hacerme una placa torácica. ¿Cómo puede ser que un tipo gordo como yo pueda sufrir algún problema además de la obesidad? Yo tendría que estar en un spa, y no en el Miguel Couto con esta crisis de dengue. Un helecho comenzó a crecer a mi lado, convertido en un pie de frijol. Fui subiendo las escaleras, anclado por dos médicos fuertes y gordos como yo. Estaba toda esa gente pobre, superpobre: aquello era Brasil. Un desastre total. Gente tirada en el suelo. Gente que llegaba muerta. Gente muriéndose. Una hilera de cuerpos acostados con etiquetas en los pies. Todos en posesión de sus historiales clínicos. Y aquellos médicos tan jóvenes, que no saben mucho más de lo que yo sé de biología, burlándose de ti.

¡Mira qué tipo más gordo!

¡Qué hombre más gordo!

¡Qué ballena!

Un día hice un triatlón entero y terminé entre los primeros de mi categoría. Ahora estoy gordo y duermo como el día del triatlón. Vivo sedado y lleno de dosis altas de medicina en la vena. Todo para ser invadido por una música, todo para mantener el buen orden del estado. Somos la minoría, pero, al menos, yo digo lo que me da la gana.

Lo bueno del perro azul era que no crecía y no moría. La clave era que yo lo cuidara para que no

envejeciera. En el año 2000, voy a tener 35 años. Estaré tan viejo que me acordaré mal. Yo peinaba el peluche del animal. El perro azul era mi mejor compañía. ¿Y si existiera de veras un perro azul? Sería la hostia tener uno. ¿Será que si tuviera un hijo nacería azul también? ¿Si pudiera ladrar y pudiera comer, qué comería un perro azul? ¿Alimentos de su color? ¿Y cuando enfermara, tomaría medicina azul? Muchas medicinas son azules, entre ellas, el Haldol. Yo tomo Haldol para no tener ninguna ilusión de que moriré loco, un día, en un lugar sucio y sin comida. Es el fin de cualquier loco. Una oligofrénica de unos setenta años, uniformada, surge delante de mis ojos y me da un beso en la boca. Veo estrellas color-de-rosa. Elefantes cargando a Rimbaud en África. Verlaine follando con su mujer, pero pensando en Rimbaud. Yo estoy pensando en Nastassja Kinski y sus senos pequeñitos en flor. Estoy en el lado oscuro y me puedo mover mal, pero alcanzo a masturbarme muy despacito. Eyaculo y mi mano queda toda blanca, manchada de semen. Mi mano se convierte en un guante blanco. Despierto a las cinco de la mañana con la bronca colosal de un enfermero. Duermo mal. Despierto mal. No sé cuál de las dos pesadillas es la peor: despierto o durmiendo. Salgo de la jaula. Estoy en la jaula desde hace un buen rato. ¿Cuándo me sacarán de allí y me dejarán estar con los otros? Entro en la fila para tomar el desayuno. Es un café con leche que tiene más agua que leche y un pan con una pasada de

mantequilla a la ida. Pago por estar en este lugar, pero sólo la ida del cuchillo con mantequilla en el pan está incluida en los costos. Hoy desperté queriendo decir cosas bonitas. Aproveché un poco de tiempo que me dejaron libre afuera y cogí una flor en el jardín. Llevé la flor al cuartito. El enfermero la tomó con la flor. Me echó otra bronca.

¿Te volviste maricón? ¿Qué cosa horrorosa es esa? Gordo y maricón.

Sólo quería ver aquí algo colorido del fondo.

Voy a comunicar tu voluntad a un psiquiatra y él hablará contigo. Yo aquí soy sólo el enfermero. Cuido de ustedes, los enfermos. Mi perro azul no tenía nombre. Nada de lo que me gusta tiene nombre. Todo lo que es peligroso tiene nombre. No se da el nombre a alguien para diferenciarlo. Si no, ningún nombre sería igual. El nombre es dado para que te iguales o te diferencies de los otros. Él vuela. Él anda en aeronaves. Él es mi perro azul. Tiene otra cosa buena en comparación con los perros de pelo y huesos: no hace popó ni pipí en la casa. Todo lo que tengo es mi perro azul. Hace mucho tiempo que no jugaba con él. Hasta que destruí todo allá en casa. Hacía un buen rato que no miraba a mi amigo. Que no lo peinaba. ¿Y si en vez de perro mi mascota fuera un elefante? ¿Te imaginas la cantidad de mierda que habría en mi habitación? Dormiría en la mierda. Pero al menos tendría una ducha más fuerte que la de casa. Con la trompa él me podría mojar todito. Un elefante domesticado incomoda a mucha gente.

El narrador está recluido en una institución para enfermos mentales. Una explicación es que en un arranque de violencia empezó a destrozar sin motivo aparente la casa de su madre. Otra –de la que él está convencido– es que desde pequeño se tragó un grillo, y posteriormente le implantaron un chip, que lo han hecho ser diferente, vivir como prisionero de su propia mente, asaltado siempre por ideas y pensamientos que le resultan ajenos, y en cambio fascinantes para nosotros los lectores de su locura. Su fiel perro azul de peluche es testigo de todo, al igual que sus amigos imaginarios Rimbaud y Baudelaire, con quienes dialoga y discute pese a estar plenamente consciente de que son una creación de su mente infatigable.

Su trayecto lo conduce a descifrar el lenguaje de todos los seres de la Tierra, por lo que crea una nueva lengua y un movimiento masivo llamados Todog, que al fin hará posible la comunicación entre todas las criaturas: «*Todog ministerial calipsomburguer veneran do lupsier todog*». Lo de menos es si alguien más puede comprenderlo pues, como afirma el narrador, el Todog «era una forma de amenizar nuestra culpa y nuestro dolor».

«¡Bienvenida la locura literaria! Una mezcla de diario hospitalario y delirio farmacológico. Para morir de pena, ¿o de risa?».

JOCA REINERS TERRON

«Rodrigo de Souza Leão es un autor excepcional que ha tenido un impacto muy importante en la literatura brasileña contemporánea».

PAULO SCOTT



narrativa**sextopiso**

www.elboomeran.com

